

STELLA DÍAZ VARÍN: ENCUENTRO POÉTICO DE OCTUBRE

Una tarde del 2003 Stella dijo que no había que perder nada. Todo era alimento. Nada podía ser un desperdicio porque el ser humano debía ser capaz de transformarlo, todo a propósito de la bolsita de yerba que podía alcanzar siempre para una taza más.

Cuando llegó a La Colina, Paula la traía del brazo y caminaban muy solaz por el campus. Día soleado, mañana fresca, cielo y sol resplandeciente en la disputa por las coronas de la estación florida. Yo estaba en la oficina de Sergio y ellas llegaron junto a Ignacio. Sergio la saludó con el respeto merecedor y le ofreció cigarrillos. Luego me comentó que cuando él fue ayudante, le tocó compartir cigarrillos con María Luisa Bombal, quien había sido invitada por su profesor tutor Dieter al departamento de literatura de la Universidad de Concepción.

Mi primera impresión fue su ultrabajada frecuencia de voz, color muy escaso en el panorama vocal chileno femenino/masculino. Luego su cabello, leche en espuma batida, nube de octubre flotando. Su voz tan potente y meritoria de los cantos del blues primitivo, contrastaba con la dulzura de las palabras que en ella sonaban. Su amabilidad fue lo que más sorprendió, echaban cemento caucho a las leyendas de la boxeadora y a la agresiva mujer que la farándula literaria no se cansa de promocionar. Me preguntó el nombre, me tomó del brazo tal como lo hiciera mi difunta abuela y salimos de la oficina en dirección al Encuentro Poético de Octubre.

Stella leyó sus textos en el auditorio Pentágono de la Universidad de La Serena. Fue teloneada por la poeta local Susana Moya, quien se mostraba rendida ante la figura de quien intuía era su ídola dolida. Por supuesto fue correspondida en su devoción por la caballera roja.

Sentí por primera vez que estaba frente a un poeta, en el sentido primitivo, original. La voz de una rapsoda en conexión con algo, superior, inferior, de adentro, de afuera, de aquí, de más allá, no lo sé, mas, sin embargo y sin duda, cuando leía, su transmisión vocal de sonidos y sentidos transportaba, en cada fonación encadenada, Stella lograba traspasarme el cuerpo haciendo arder a la médula temprana anidada entre mis vértebras.

Luego nos fuimos a almorzar, pude otra vez ofrecerle mi brazo y llevarla hasta el casino del parque universitario. Supongo que muy po-

cos, por no decir nadie, sabían que quien caminaba por ese parque era la leyenda que fumó con nosotros y echó humos de alforja no común. Desde su boca brotaban trasformados en *vaho de ánimas*.

Por la noche del segundo, tercer o cuarta día salimos. Nos fuimos a una fiesta universitaria en la Escuela Normal, quisimos entrar pero un muchacho con aspecto *cool boy*, alternativo a nada, nos negó la entrada no sé por qué motivo. Stella se exasperó y el imbécil la golpeó. Ella no quedó tan mal, sin más, nos fuimos. Ahora y con distancia relativa me explico los piedrazos a Gabriela.